

Las enseñanzas
de Gorgias

JOSE ENRIQUE RODO

y el pensamiento nacional

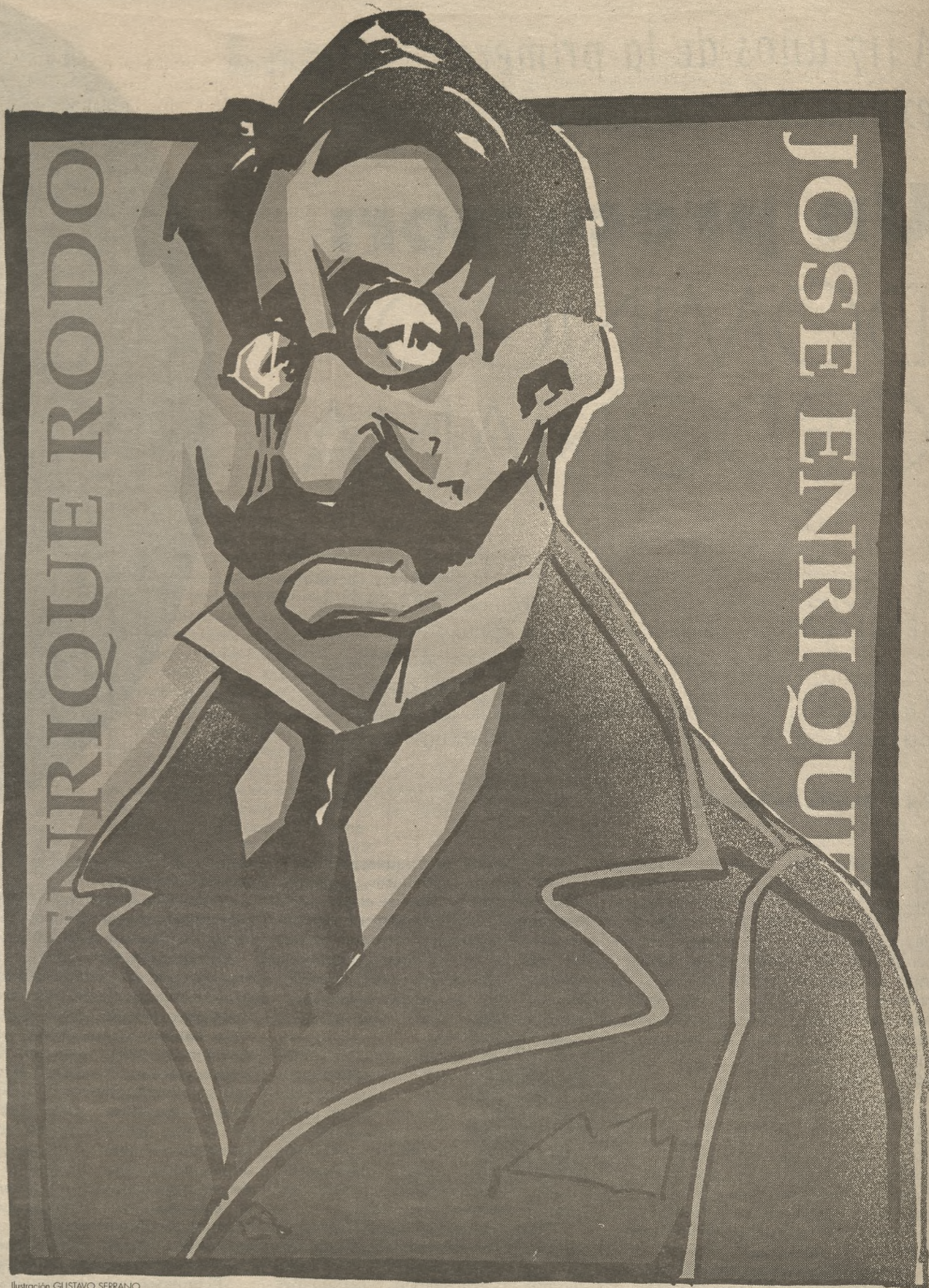


Ilustración GUSTAVO SERRANO

Nuestro conocimiento sobre el pensamiento del gran retórico griego llamado Gorgias se debe en gran parte a la magnífica obra de Platón, quien en uno de sus famosos diálogos le hace astutamente intercambiar algunas ideas con Sócrates.

En él "Gorgias", así denomina Platón al diálogo, los sofistas Polo, Calicles y el personaje que da el nombre a la conversación, mantienen una famosa y animada charla con Sócrates acerca de la definición de la retórica, y por ese intermedio se sitúan luego en un interesante intercambio de palabras acerca de lo justo y lo injusto, la felicidad y la desgracia, la moderación y la intemperancia.

por — **Pablo Ney Ferreira** — (*)

La importancia del legado de Gorgias se vio por lo tanto sensiblemente menguada; poco podía hacer el gran maestro de la sofística pese a todos sus esfuerzos retóricos ante la poderosa y perfecta argumentación del querido maestro de Platón, quien se vio favorecido ante la historia cuando el célebre Oráculo de Delfos le señaló como el más sabio de todos los griegos.

La muerte de Gorgias de Leontino, más precisamente el episodio de una supuesta última cena junto a sus discípulos es el tema que José Enrique Rodó elige para titular una de sus más conocidas y fermentales parábolas, y por cierto una de las más hermosas.

Los análisis de "La despedida de Gorgias" son ya un clásico en las investigaciones rodonianas, y constituyen además un valioso exponente para el estudio de las especulaciones filosóficas de la llamada generación del 900.

La importancia del legado de la

generación del 900 en el desarrollo de las posteriores generaciones de intelectuales en el Uruguay, es estudiada en un reciente libro de Gustavo De Armas y Adolfo Garcé, donde los autores sostienen que es posible rastrear marcadas influencias de su valioso legado en cada uno de los posteriores grupos de escritores que sucedieron a la generación del 900. Uno de los exponentes más importantes de aquella famosa generación es sin duda José Enrique Rodó, quizás el literato uruguayo más leído en el exterior, y por cierto seguramente el que más preocupación, y más interrogantes ha inspirado en la curiosidad académica extranjera.

La generación de Rodó se ve en la dura tarea de rescatar la especulación filosófica, más precisamente la metafísica, del profundo descrédito en el que había caído por efecto de la acción destructora que el positivismo filosófico spenceriano, muy en boga en ese momento, había desarrollado en el ambiente intelectual.

Precisamente la huida de Rodó del positivismo, y más precisamente la reformulación crítica de su formación positivista juvenil, lo lleva a adoptar una visión como dijo Wilfredo Penco "del humanismo, un humanismo entendido en el sentido renacentista, antropocéntrico y moderno del término; apoyado en una profunda convicción, en una fe casi religiosa en la grandeza, la profundidad, la diversidad del hombre". Es posible percibir en Rodó el combate contra el utilitarismo extremo de tono norteamericano, el rescate de los valores del humanismo y la especulación filosófica, una revalorización positiva de la "latinidad" como vehículo hacia un mundo más humano, donde la cultura tenga un sentido sublime; estos son algunos de los valores sobre los que Rodó trabajó incansablemente; léase como ejemplo esta cita de "Ariel": "A la concepción de vida nacional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza se opone la concepción utilitaria, por la cual la actividad toda entera, se orienta en relación con la inmediata finalidad del interés".

Dicen Adolfo Garcé y Gustavo de Armas en su libro "Uruguay y su Conciencia Crítica: Intellectuales y Política en el siglo XX" Trilce, 1997.: "Para Rodó, entonces, el desarrollo económico y la modernización social deberían no perder definitivamente de vista que lo que distingue radicalmente al hombre es su 'idealidad': la preeminencia rectora de la razón, las cumbres 'bronceadas' del arte y del sentimiento, la noción de lo bello".

Rodó sentía una profunda admiración por la cultura helénica; esto sucede en buena parte de los autores modernos, quienes conscientes de vivir realidades diferentes a las del mundo antiguo, pensaban al igual que el viejo maestro de la Universidad de Salamanca y de las letras españolas, Miguel de Unamuno, que necesitamos del pensamiento de otro para desarrollar dialécticamente nuestro propio pensamiento, mirarnos en la antigüedad pero sin imitarla, conformar nuestras propias ideas, nuestra propia cultura sin imitar, pero tomando como base lo mejor de las tradiciones del rico legado del helenismo para construir sobre sus bases.

En la admiración que sentía Rodó por la cultura griega, es fácil ver la saga de Nietzsche, fundamentalmente de la obra "El Origen de la Tragedia", donde el gran filósofo alemán manifiesta atención por los mismos rasgos del helenismo que Rodó amaba profundamente. Esto no quiere decir que la influencia más importante que tuvo Rodó fuera Nietzsche, bien se sabe que esta función fue ampliamente cumplida por la obra de Renán, pero es indudable que el filósofo alemán estuvo presente en la obra de la generación del 900 y de una manera particularmente importante en alguno de ellos. Fundamentalmente Rodó alaba las características "dionisiacas" del pueblo griego; al igual que Nietzsche, las prefiere al intelectualismo de Sócrates y a la melancolía de la tragedia. El período presocrático parece ser el preferido de Rodó;

allí donde brillaron los poetas como Homero, Simónides, Píndaro, Safo, que cantaron la fuerza de Aquiles, de Ajax, de Agamenón y de tantos otros héroes griegos; la belleza de Elena, de Andrómaca, etc... es allí donde Rodó encuentra lo más destacable del legado de los griegos.

Esta alegría dionisiaca, atribuida fundamentalmente a esta fase del pensamiento griego (al igual que Nietzsche), esta "voluntad de vivir es -según Rodó- la característica más esencial del antiguo pueblo griego y por eso Próspero enseña ese ejemplo y trata de hacerlo amar y seguir por sus jóvenes discípulos hispanoamericanos", tal cosa nos dice Julio Lago desde su obra "El verdadero Rodó: Estudios Críticos". En la obra "Proceso Intelectual del Uruguay", Alberto Zum Felde manifiesta que el carácter ecléctico de Rodó, su gusto por tomar lo mejor de cada tradición, lo llevan a realizar una síntesis de lo apolíneo y de lo dionisiaco en Nietzsche (más precisamente menciona "El origen de la tragedia"), lo que no quiere decir que por momentos el famoso escritor no balanceara sus preferencias hacia lo "dionisiaco". Así mismo, de ninguna manera es posible decir que deploraba al racionalismo socrático, pues caeríamos en un error, pero el pretendido equilibrio a veces era reemplazado por un sesgo algo marcado.

Varias de las parábolas que se encuentran presentadas en "Motivos de Proteo" responden como vimos a la infinita admiración que poseía el autor por la cultura helénica, una de ellas es la presentada bajo el nombre de "La despedida de Gorgias", cuyo significado analizaremos de ahora en más.

El Gorgias de Rodó

En la parábola de Rodó podemos observar cual es la idea de verdad que esgrimió el escritor uruguayo a lo largo de su obra, y de la cual aún hoy podemos sacar poderosas enseñanzas para enfrentar cualquier análisis de la realidad.

Previo a esto, debemos señalar que Rodó con el solo planteamiento del tema altera la verdad histórica; según Zeller, el verdadero Gorgias, estuvo en Atenas en tiempos de Platón, pero no murió en esta ciudad, sino que según Apolodoro, dejó de existir en Larisa de Tesalia, mucho después, de vejez, y a los 109 años de edad.

El comienzo de la parábola tiene claras reminiscencias del "Fedón" de Platón, diálogo donde se relatan las últimas conversaciones de Sócrates con algunos de sus discípulos, y donde se encuentra un bello y trágico relato de la muerte del sabio griego. Es precisamente allí donde se nos plantea el primer problema al analizar el texto: ¿por qué Rodó elige a Gorgias como el protagonista de su parábola y no directamente a Sócrates? ¿por qué elegir al maestro de la sofística, al adalid de la retórica, de quien Platón dice que no enseñaba la verdad sino solamente la persuasión, en lugar de Sócrates?

Allí es donde empieza a jugar la idea que Rodó nos plantea acerca de la verdad y de su proceso de elabora-

ción. Gorgias (el histórico) es uno de los grandes y astutos escépticos que nos presenta la historia de la filosofía, es el autor de un célebre tratado "Sobre el no-ser o la naturaleza", donde plantea que 1. el ser no existe. 2. si existiera, no podríamos conocerlo. 3. si aún pudiéramos conocerlo no podríamos comunicarlo a los demás.

Los sofistas, tanto Gorgias como Protágoras y otros, tuvieron un valor importante en la historia de la filosofía al cuestionar la idea platónica de las verdades únicas, sublimes e inmutables; todo esto le es muy caro a Rodó, quien va a presentar aquí, en palabras de "su Gorgias" sus propias ideas antidogmáticas.

Los sofistas, maestros de la oratoria antigua, generalmente exponían su arte en los pórticos de las ciudades, rodeados de gente que admiraba sus amplias virtudes expositivas. Es por esta razón que Rodó lo pone a Gorgias en su cena final, igualmente rodeado y venerado por sus discípulos como en sus tiempos triunfales de la Grecia antigua: por la idea de verdad que posee Gorgias y por su carácter masivo en su comunicación.

En el transcurso del relato, algunos de sus discípulos van a cometer el error de referirse a su maestro expresándole su fidelidad eterna, visiblemente sensibilizados ante su inminente muerte, estos alumnos de Gorgias van a hablar en estos términos: "Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras, a cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras, fieles ante los hombres y ante la intimidad de nuestra conciencia; siempre e invariablemente fieles..."

Esta intervención de Lucio, así se llama el fiel discípulo de Gorgias, provoca una explicación de Gorgias, donde presenta sus ideas con respecto a la verdad y sus procesos.

La verdad en el pensamiento rodoniano

Gorgias explica a sus discípulos que sus enseñanzas no son eternas, y no tienen ni siquiera la menor pretensión de perennidad, sino que en sus propias palabras les explica: "...he procurado daros el amor a la verdad; no la verdad que es infinita. Seguid buscándola y reservándola para vosotros como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mirar de agotar al mar su tesoro". La búsqueda de la verdad no se agota en sus enseñanzas, es una inagotable persecución que no finaliza jamás, y a la que sus discípulos no deben de renunciar en nombre de ninguna veneración personal, ni siquiera en nombre de una verdad parcial o conjetural.

Como dice Lago: "Tal es la doctrina del Gorgias de Rodó: enemigo de todo dogmatismo que petrifica las ideas; enemigo también del relativismo que niega la fe en la verdad; afirma su fe en ella pero dice que ella es temporal, progresiva, que se amplía a medida que el horizonte de la experiencia humana se hace más anchuroso. La verdad es un proceso infinito como la vida misma".

El Gorgias de Rodó, difiere aquí también del histórico. El famoso so-

fista no creía siquiera en la posibilidad de encontrar la verdad, mientras que el Gorgias rodoniano sí cree en tal posibilidad, con la salvedad de que ésta no es eterna, sino que se va renovando de acuerdo a la profundidad de la experiencia humana en las sucesivas expansiones del área del conocimiento. De esta misma manera, también es posible pensar la política.

Si aceptamos este punto de vista, no pueden existir tampoco las verdades políticas absolutas, al menos como entes no revisables e incuestionables.

Cada generación, muy a menudo tiene la petulancia de creerse poseedora de la verdad, y de haber encontrado por fin la forma política óptima para el desarrollo humano adecuado. La historia ha visto pasar alegremente varias formas políticas "perfectas", y también ha presenciado su estrepitoso ocaso. La presunción de perfección es un buen indicador para pronosticar que un pensamiento está en vías de perecer ahogado en sus propios aplausos.

El filósofo inglés Stuart Mill declaró alguna vez que si no hubiera verdaderos disidentes tendríamos la obligación de inventar argumentos contra nosotros mismos, con el fin de mantenernos en perfectas condiciones intelectuales.

El pensamiento único, y la pretensión de universalidad bloquean la creación y no estimulan el pensamiento crítico. El pensamiento crítico, por supuesto no puede quedarse en la mera denuncia o en la destrucción argumental como objetivo final, sino que tiene el deber de proponer alternativas válidas para continuar avanzando en el conocimiento de las formas de gobierno y en la elaboración de alternativas filosóficas a las vigentes, cualquiera sean las mismas.

Rodó continuará siendo un referente inestimable para las futuras generaciones de uruguayos, pero la valoración de su legado debe ser realizada en la forma que Leucipo le responde a Gorgias en los últimos párrafos de su despedida, donde llama a brindar: "Será, pues, por quien desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie delante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostramos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte, Maestro, ¡por quien te venza con honor, en nosotros!"; a lo que Gorgias responde "¡Por ese!...¡Por quien me venza con honor en vosotros!".

Tomar a Rodó, como los discípulos prometen tomar a Gorgias; pensarlo críticamente pero sin convertirlo en un dogma, continuar su senda, sin ciegas obsecuencias pero sin olvidarlo en ningún momento. ■

(*) Licenciado en Ciencias Políticas. Cumplió un período de posgrado en una Universidad española.